

## La disciplina de la fe o la disciplina del amor de Dios

### Primera parte

Hebreos 12:5-11

#### **Introducción:**

En los versos 1 al 4 del capítulo 12 de la carta a los Hebreos el autor comparó la vida cristiana de fe con los atletas que compiten en una carrera, es necesario correr de tal manera que lleguemos de primero. Para ello se requiere despojarnos de todo peso y del pecado que nos estorba para correr con agilidad. Luego comparó la vida cristiana con un gladiador o boxeador, el cual debe estar dispuesto a derramar su sangre en la arena, luchando contra el mal y viviendo para el evangelio.

En los versos 5 al 11, el autor de la carta exhorta a los creyentes a desarrollar la vida de fe a través del soportar con paciencia y amor la disciplina del Señor, aprovechando cualquier circunstancia que traiga la providencia para amoldarse al carácter de Cristo.

Si hay algo que desanime más al joven creyente en su transitar por la vida cristiana, esto es la adversidad. Las pruebas, las enfermedades, las necesidades económicas, la calumnia, el desamor y toda oposición o adversidad se constituyen en fuente de desánimo, desmayo y ganas de claudicar.

Lastimosamente el cristianismo de hoy día, basado en emociones y falsas concepciones de comodidad, prosperidad y abundancia, no tiene el poder para ayudar a los creyentes cuando éstos se ven enfrentados con dolores y angustias. Por lo general, cuando un creyente sufre, se le anima a ejercitar más su fe, pues, se deduce que el dolor o la aflicción es por falta de fe (si esta filosofía es correcta, entonces Job, José, Pablo, y hasta Cristo fueron hombres de poca fe, pues, les tocó sufrir bastante); o se le atribuyen muchos pecados, los cuales son la supuesta causa de la aflicción o la adversidad; y si bien es cierto, algunos pecados traen consecuencias dolorosas en esta vida, no obstante, buena parte de las aflicciones que vienen sobre el creyente no son el resultado de pecados específicos, sino de la amorosa disciplina del Señor que busca ejercitar nuestra fe y aferrarnos a la constancia de la vida cristiana.

El autor de Hebreos ha animado a sus lectores a soportar las aflicciones porque sus antecesores en la fe también las soportaron con paciencia, pero también porque Cristo, el máximo ejemplo de una vida de fe y sufrimiento, soportó la adversidad y ahora reina a la diestra del Trono de Dios. Ahora, en los versos 5 al 11 dará otra razón para que los creyentes soporten la aflicción: *ésta forma parte de los medios que Dios usa para educarnos y perfeccionarnos.*

Muchos creyentes desconocen una palabra que es vital para la vida de fe: *Disciplina*. Nos hemos acostumbrado a un cristianismo flexible, amoldable a las épocas y culturas, a un cristianismo que consiste en ciertos conceptos y prácticas espirituales que propenden por la paz, la tranquilidad y el bienestar, pero en el cual no se incluye un serio compromiso con la santidad, la negación de sí mismo, el sufrir por causa de Cristo o ser paciente en medio de las aflicciones que tendremos en este mundo.

La vida cristiana nunca es vista como una carrera en la cual se requiere una estricta disciplina que nos permita ser vencedores. Hoy día se habla mucho de ser triunfadores, pero no a través de la disciplina rigurosa, sino de prácticas esotéricas, misteriosas y vacuas.

Ahora, los cristianos han sido llamados por Dios para ser las personas que él quiere que sean. Por lo tanto, Dios usa todos los medios que considera apropiados en su sapientísima sabiduría para conducirlos a ese fin. Uno de los medios que suele utilizar es el de la disciplina. Él es nuestro padre, y como tal, desea tener hijos que manifiesten su carácter y crezcan en perfección, por lo tanto, él disciplina a sus hijos, usando diferentes formas, buscando alcanzar ese fin. En este sentido, el autor de la carta ya no usa el ejemplo de las competencias deportivas, sino la metáfora de la relación padre – hijo.

En el estudio de estos pasajes vamos a analizar ciertos elementos de la disciplina de la fe:

1. La disciplina del Señor no debe ser menospreciada v. 5
2. La disciplina del Señor no debe causar desmayo v. 5
3. La disciplina del Señor es producto de su amor v. 6
4. La disciplina del Señor confirma su paternidad espiritual v. 7
5. La disciplina del Señor comparada con la disciplina en el hogar v. 9-10
6. La disciplina del Señor produce frutos de justicia v. 11

### 1. La disciplina del Señor no debe ser menospreciada v. 5

Algunos comentaristas bíblicos consideran que la primera declaración del versículo 5 debe ser tomada como una pregunta, es decir, *¿Ustedes ya han olvidado la Palabra de Dios?* El propósito del autor con esta exhortación, que va hasta el verso 11, es animar a los creyentes dubitativos a fortalecer su fe en medio de las aflicciones.

Es posible que algunos de los creyentes hebreos estuvieran pasando por situaciones de gran necesidad y adversidad, además, se les aproximaba un período de mucha tribulación. Ellos debían estar preparados para enfrentar el dolor, y la mejor manera de hacerlo era a través del consuelo que trae la Palabra de Dios, pues, ella no da consuelos vanos.

Con este propósito, el autor cita un pasaje muy conocido del libro de los Proverbios de Salomón. El capítulo 3 de Proverbios es uno de los pasajes que más se citan de ese libro en el Nuevo Testamento, lo cual da a entender que era muy conocido por los creyentes. En esa entonces no se podía tener una biblia en la casa, como en la actualidad, pues, los materiales usados para la escritura eran muy costosos, y tener un libro como la Biblia era muy difícil. Pero en las iglesias tenían una copia de cada libro de las Sagradas Escrituras, de manera que los cristianos aprovechaban el tiempo y memorizaban sendos pasajes de la misma. Uno de los libros preferidos para memorizar era el de los Proverbios. Siendo así, el autor de la carta aprovecha para citar pasajes muy conocidos.

El pasaje de Proverbios, en la versión griega de la Septuaginta dice así: *“Hijo mío, no tomes a la ligera la disciplina del Señor, ni te desanimes cuando él te reprenda, porque el Señor disciplina a los que ama, y azota a todo aquel a quien acepta como hijo”* (Prov. 3:11-12).<sup>1</sup>

En la versión hebrea dice así: *“No menosprecies hijo mío, el castigo de Jehová, ni te fatigues de su corrección; porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere”* (RV 68).

Analicemos en primera instancia a qué se refiere el texto bíblico con *la disciplina del Señor* y luego, en qué sentido se puede tomar a la ligera o menospreciar.

---

<sup>1</sup> Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 437

La palabra griega usada para *disciplina* es *paideias* la cual hace referencia a disciplina, enseñanza e instrucción. El autor de la carta tiene en mente el aspecto doloroso o desagradable de la disciplina, pues, luego habla de azotes, es decir, del uso de la vara. La instrucción incluye la corrección y el castigo.

El termino *paideias* se refiere, inicialmente, a la educación que un padre da a su hijo pequeño. *Paidos* significa niño. La disciplina es para los hijos que están en formación. Dios ve a su pueblo como niños que necesitan siempre de instrucción y corrección.

La palabra *disciplina* se encuentra muy relacionada con *discípulo*. El discípulo es un aprendiz que se somete a la instrucción de un maestro que tiene autoridad sobre su vida. Jesús mandó a los apóstoles a hacer discípulos en todas las naciones (Mt. 28: 19-20). Todo el que se identifica con Cristo es su discípulo y como tal, está bajo su disciplina. El cristiano que no se somete a la disciplina de Cristo, entonces no es un verdadero cristiano.

La disciplina incluye, además de la instrucción, la corrección. A través de ella el niño es llevado a abandonar las prácticas erradas con el fin de llegar a ser la persona que sus padres o instructores desean que sea. Dios nos trata como niños que necesitan de constante corrección, de allí que la disciplina recibida de su mano nunca debe ser menospreciada. “Cuando se usa en sentido espiritual, la disciplina incluye toda instrucción, toda reprensión y corrección, y toda penalidad en nuestra vida dirigida providencialmente, que estén encaminadas a cultivar el crecimiento espiritual y el carácter piadoso. Aunque en el reino físico los niños finalmente alcanzan la edad adulta y dejan de estar bajo la disciplina de sus padres, en el reino espiritual permanecemos bajo la disciplina de Dios mientras vivamos.”<sup>2</sup>

Las Sagradas Escrituras insisten en presentarnos la vida cristiana como una vida disciplinada:

Para el apóstol Pablo la vida cristiana se caracteriza por la constante disciplina que nos permite correr y pelear con el fin de ganar: “*¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos a la verdad para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no*

---

<sup>2</sup> Bridges, Jerry. La disciplina de la gracia. Página 84

*como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado”* (1 Cor. 9:24-27).

El Señor Jesús, a pesar de ser el Hijo de Dios, en su condición humana tuvo que aprender a través de la disciplina: *“Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación...”* (Heb. 5:8-9). Si él la necesitó, cuanto más nosotros que todavía tenemos pecado residual.

Aunque Elifaz aplicó mal este consejo al santo Job, no obstante, dijo una verdad que es confirmada en el resto de las Sagradas Escrituras: *“He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios castiga; por tanto, no menosprecies la corrección del Todopoderoso. Porque él es quien hace la llaga, y el la vendará; él hiere, y sus manos curan”* (Job 5:17-18).

Despreciar la disciplina del Señor es descuidar la salud del alma: *“El que tiene en poco la disciplina menosprecia su alma; mas el que escucha la corrección tiene entendimiento”* (Prov. 15:32).

Una muestra de incredulidad en el corazón y falta de conversión es el menospreciar la disciplina del Señor: *“Los azotaste, y no les dolió; los consumiste, y no quisieron recibir corrección; endurecieron sus rostros más que la piedra, no quisieron convertirse”* (Jer. 5:3).

A todo aquel que el Señor ha predestinado para salvación le enviará su corrección a través de la disciplina dolorosa, no para destruirlo, sino precisamente para su salud espiritual: *“Porque yo estoy contigo para salvarte, dice Jehová, y destruiré a todas las naciones entre las cuales te esparcí; pero a ti no de destruiré, sino que te castigaré con justicia; de ninguna manera te dejaré sin castigo”* (Jer. 30:11).

El temor del Señor y la disciplina del Señor van de la mano. El que teme a Dios acepta su disciplina, pues, reconoce quién es Dios: *“es sabio temer a tu nombre. Prestad atención al castigo, y a quien lo establece”* (Miq. 6:9).

Las modernas teorías pedagógicas y psicológicas han influenciado mucho el pensamiento cristiano. Hoy día, muchos creyentes creen que la disciplina del Señor no incluye azotes o sufrimientos, pues, según ellos, la verdadera educación está basada en el amor romántico y

sentimental que utiliza sólo medios positivos y agradables, ya que el castigo o la vara son instrumentos negativos, desagradables y dolorosos, provocando en el aprendiz una reacción contraria. Pero estas filosofías no están fundamentadas en la inerrante Palabra de Dios, por lo tanto, al ser contrarias a ellas, no pueden producir frutos de justicia. “La pedagogía moderna, que ha eliminado la vara, no ha producido niños mejores. Alguien ha dicho: “Si la psicología de la permisividad fuera correcta, seríamos una nación de santos.””<sup>3</sup>

Ahora, sabiendo en qué consiste la disciplina del Señor, debemos preguntarnos ¿De qué manera despreciamos su disciplina?

El creyente debe ver la mano amorosa de Dios en todos los actos adversos que nos vienen, no podemos asignarlo al destino, la suerte o la casualidad. Si no consideramos las adversidades como parte de la disciplina constructiva del Señor, entonces le deshonramos.

La disciplina no debe ser recibida con estoicismo, ni apretando los dientes o aguantando el sufrimiento sin ver el accionar de Dios en esos momentos difíciles o sin el auto-examen bajo el estudio de la Palabra de Dios y la intensa oración procurando que Dios nos ayude a crecer a través de esas difíciles situaciones.

Despreciamos la disciplina del Señor cuando no vemos a Dios detrás de todas las adversidades y aflicciones que vienen a nuestra vida. Esto puede sonar extraño a los oídos de muchos creyentes hoy día, no porque este concepto no esté de acuerdo con las Sagradas Escrituras, sino porque no armoniza con la mentalidad mundana, materialista y hedonista de nuestros tiempos.

El creyente debe creer en la soberanía de Dios, es decir, que nada en este mundo sucede sin la voluntad Divina. El Señor lo ha predestinado todo, y en el ejercicio de su soberanía permite que sobre nosotros, sus amados hijos, vengan aflicciones y dolores. Su soberanía se manifiesta en su providencia, la cual es definida por el catecismo de Heidelberg en las siguientes sabias palabras: “La providencia es el poder de Dios, omnipotente y presente en todo lugar, por el cual sustenta y gobierna el cielo, la tierra y todas las criaturas de tal manera, que todo lo que la tierra produce, la lluvia y la sequía, la fertilidad y la esterilidad, la comida y la bebida, la salud y la enfermedad, las riquezas y la pobreza y finalmente todas

---

<sup>3</sup> Taylor, Richard. Comentario bíblico Beacom Tomo 10. Página 160

las cosas no acontecen sin razón alguna, como por azar, sino por su consejo y voluntad paternal”.

Cuando los creyentes miramos todas las aflicciones que nos vienen como ordenadas por el Padre soberano y amante, un gran consuelo y paz invadirá nuestro corazón en medio de la más ruda tormenta. El mismo catecismo reformado, respondiendo a la pregunta No. 28, que dice: ¿Qué utilidad tiene para nosotros este conocimiento de la creación y providencia divina?, responde con las siguientes palabras: “Que en toda adversidad tengamos paciencia, y en la prosperidad seamos agradecidos y tengamos puesta en el futuro toda nuestra esperanza en Dios nuestro padre fiel, sabiendo con certeza que no hay cosa que nos pueda apartar de su amor, pues, todas las criaturas están sujetas a su poder de tal manera que no pueden hacer nada sin su voluntad”.

No despreciamos la disciplina del Señor cuando tenemos una teología correcta del sufrimiento, y no tratamos de excusar a Dios cuando a los justos les suceden cosas terribles. Cuando sobre los creyentes viene la enfermedad mortal y dolorosa, allí está Dios presente. Cuando viene la pobreza, allí está Dios presente. Cuando hay sufrimientos de cualquier índole, allí está Dios presente. Veamos unos textos que afirman esta no muy amada verdad por los creyentes de nuestro siglo:

*“En el día del bien goza del bien, y en el día de la adversidad considera. Dios hizo tanto lo uno como lo otro...”* (Ecl. 7:14).

*“Yo Jehová, y ninguno más que yo, que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto”* (Is. 45:6-7).

*“¿Quién será aquel que diga que sucedió algo que el Señor no mandó? ¿De la boca del Altísimo no sale lo malo y lo bueno? ¿Por qué se lamenta el hombre viviente? Laméntese el hombre en su pecado”* (Lam. 3:37-39).

*“Y él (Job) dijo: Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado. ¿Qué? Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos? En todo esto no pecó con sus labios (Job 2:10).*

*“Jehová empobrece, y él enriquece; abate y enaltece”* (1 Sam. 2:7).

Las enfermedades también son permitidas por Dios en sus hijos para él glorificarse. Muchos judíos, incluyendo a los discípulos de Jesús, creían que los hijos de Dios nunca se enfermaban, y que si ésta venía era por algún pecado en particular, pero esto no es así. *“Respondió Jesús, no es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él”* (Jn. 9:3).

Despreciamos la disciplina del Señor cuando murmuramos frente a la adversidad, cuando pensamos que nuestra carga es más pesada que la de los demás, cuando nos hundimos en nuestra tristeza y preocupación por la adversidad, en vez de mirar a Jesús y esperar pacientemente en él. Despreciamos la disciplina del Señor cuando buscamos formas alternas a la Palabra de Dios para traer paz y gozo a nuestra alma, ya sea a través de la psicología, la nueva era, los falsos profetas de la salud, la prosperidad y la abundancia, entre otros.

Despreciamos la disciplina del Señor cuando nos resignamos a nuestra suerte y no consideramos la corrección para nuestro provecho espiritual.

Los momentos de adversidad son tiempos para meditar, considerar, reflexionar, auto-examinar. Si no hacemos esto, perdemos esas maravillosas oportunidades que el Señor nos da para crecer como creyentes.

Job es uno de los más contundentes ejemplos de creyentes que consideran la adversidad como parte de la disciplina del Señor, no por algún pecado en especial, sino para el crecimiento en santidad. Job era un varón justo y piadoso. Era un creyente ejemplar que había crecido mucho en la gracia, no obstante, como todo creyente, no había llegado a la cúspide final de la vida piadosa, por lo cual Dios utiliza diferentes medios para santificar aún más a su siervo.

Bajo el comando de Satanás, los sabeos y los cananeos asesinaron y robaron sus rebaños; los rayos, los vientos y el fuego terminan por destruir su finca, sus bienes y su familia. El que había estado en opulencia ahora queda sin nada, pues, la esposa y los amigos, aunque están cerca de él, a través de sus necias palabras incrementan el dolor de este piadoso varón.

A pesar de tanta adversidad Job pudo ver detrás de ello la disciplina amorosa del Señor, de manera que no se enojó contra los Sabeos o los Cananeos, no lanzó maldiciones y reprensiones contra Satanás, sino que se humilló ante el Señor reconociendo que todo provenía de él: *“Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito”* (Job 1:21).

Job soportó la dolorosa disciplina del Señor y al final pudo ver el agradable fruto de la paciencia y la sumisión: *“De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos; y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job”* (Job 42:5, 10). Los amigos de Job le habían causado mucho dolor, pero todo esto fue permitido por el Señor. Si Dios utiliza como medio para disciplinarnos el pecado de otras personas, no debemos guardar enojo o rencor contra ellas, sino al contrario, debemos orar por ellas, pidiendo la bendición y la gracia del Señor. Si hacemos esto, la bendición de Dios estará sobre nosotros.

En ocasiones solemos enojarnos o guardar rencor en contra de las personas o hermanos que hablan mal de nosotros. Pero, ¿acaso no debemos también ver la amorosa mano disciplinante de Dios en esas cosas? Personalmente he sido objeto de calumniosos comentarios de parte de hermanos en la fe y de otros pastores de la misma línea teológica o confesión de fe; pero el Señor me enseñó a sacar provecho de esas adversidades, no viéndolas como una terrible ofensa contra este gran y reconocido pecador, sino más bien como medios a través de los cuales puedo crecer en perfección. Aprendí esta lección a través de las Sagradas Escrituras. En una ocasión, David, siendo perseguido por su hijo Absalón y huyendo en gran abatimiento, fue encontrado por un miembro de la familia de Saúl, el cual le lanzó maldiciones y piedras, y lo acusó de recibir el castigo del Señor por haber cometido gran maldad contra Israel al derramar la sangre de la casa de Saúl. Los insultos fueron tan grandes que la guardia personal de David le pidió autorización para cortarle la cabeza a ese *“perro muerto”*, pero es sorprendente la respuesta del angustiado Rey, el cual pudo ver la amorosa disciplina de Dios a través de las ofensas e impropiedades que provenían de este personaje. David le respondió a su guardia: *“Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David. ¿Quién, pues le dirá: ¿Por qué lo haces*

*así?... Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho. Quizá mirará Jehová mi aflicción, y me dará Jehová bien por sus maldiciones de hoy” (2 S. 16:10, 11, 12).*